ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

AL FIN SE CASA LA NIEVES

Ó

VÁMONOS Á LA VENTA DEL GRAJO

SAINETE LÍRICO

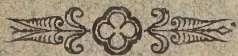
EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS

ORIGINAL DE

RICARDO DE LA VEGA

música del maestro

TOMÁS BRETÓN



MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4 SEGUNDO
1895

POR FIN SE CASA LA NIEVES

ó

VAMONOS Á LA VENTA DEL GRAJO

ÁL FIN SE CASA LA NIEVES

Ó

VÁMONOS A LA VENTA DEL GRAJO

SAINETE LÍRICO

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS

ORIGINAL DE

RICARDO DE LA VEGA

música del maestro

TOMÁS BRETÓN

Estrenado en el TEATRO DE APOLO la noche del 26 de Noviembre de 1895



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

—

1895

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA NIEVES	Srta.	Pino.
DON PEPE (el novio)	Sr.	Rodríguez
RAFAEL (soldado)		Mesejo (E.).
BAUTISTA (abogado)		Angeles.
DON PLÁCIDO (cura párroco)		Mesejo (J.).
DON JUAN (teniente cura)		Ramiro.
DON ANTONIO (capellán)		Ruesga.
BALDOMERO (sacristán)		Ontiveros.
MARTINITO (organista)		Manzano.
BIZCOCHEA (convidado)		Carreras.
DOÑA BENITA (madrina)	Sra.	Campos.
DON NICOLÁS (padrino)	Sr.	Soler.
DOÑA JUANA (santurrona)	Sra.	Rodríguez.
DOÑA CARMEN (ídem)	Srta.	Palmer.
DOÑA TOMASA (convidáda)	Sra.	Vidal.
TOMASITA (su hija)	Srta.	Salvador.
EL SARTENERO	Sr.	Ontiveros.
EL BARBERO		Ruesga.
EL GUARDIA		Sánchez.
CONVIDADO 1.º		Noel.
IDEM 2.º		Cester.
IDEM 3.º		Zoilo.
CONVIDADA 1.ª	Srta.	Fernández.
IDEM 2.ª		De Diego.
MONAGUILLO 1.º	Niño	Andreu.
IDEM 2.º		Pérez.
CHICO 1.º		Martínez.
IDEM 2.º		Salvochea.
UN CRIADO	Sr.	Galerón.

El derecho de reproducir los *materiales de orquesta* de esta obra pertenece á *D. Florencio Fiscowich*, á quien dirigirán sus pedidos las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

El teatro representa la oficina ó despacho parroquial de una iglesia, que comunica con la sacristía por una puerta grande que hay á la izquierda. Armarios ó estantería donde se guardan los documentos y libros de la parroquia. Una mesa grande, antigua, con su sillón de baqueta, y otra más pequeña con una silla ordinaria. Dos ó tres sillas volantes, perchas, y otros enseres. A la derecha otra puerta grande por la cual se sale á la calle. En el rincón de la izquierda cae la cuerda de la campana para tocar á misa y á su lado una puerta pequeña

ESCENA PRIMERA

BAUTISTA arreglando papeles y legajos. Es un muchacho de veinte á veintidós años, guapo, alegre y hablador. Viste traje de americana, negro.

Música

Todo el mundo se casa;
todo el mundo hace bien.
Cuando yo me licencie
me casaré también.
A los libros, Bautista,
que á primeros de Abril
has de ser licenciado
en Derecho civil.
Se me tacha de pedante y hablador

de pedante, no lo paso, no señor:
de hablador ya es otra cosa; puedo hablar
y bullir
y discutir
y perorar.
Y argumentos por aquí,
y sofismas por allá
y que al eco de mi voz
se despierte el tribunal.
Y salvar á un infeliz,
y pedir la revisión,
y poner un *otro sí*,
y esperar un *otro no*.
Y casar una sentencia
sin tener necesidad
ni de cura que la case
ni de juez municipal.
Yo no nací para llevar sotana
ni para dar los toques de campana,
(En este momento sale un monaguillo y toca á misa tirando de la cuerda que hay en el rincón.)
ni cantar en la misa el Evangelio,
ni el *requiescat in pace* en un sepelio,
ni menos confesar por la regilla
á una beata célibe y sencilla,
ni subir á la cátedra sagrada
donde no hay discusión acalorada.
Quiero la cátedra
del Ateneo,
con el demócrata
y con el neo.
Quiero las leyes
de las Partidas,
y las de Toro
sin ser corridas.
Quiero charlar,
quiero bullir,
y figurar,
y discutir...

Hablado

... y dejar la plaza de secretario particular de mi tío, virtuosísimo cura párroco de esta

santa iglesia, y las funciones de sacristán mayor interino, y trasladarme al exconvento de las Salesas trocando la sotana por la toga, y el escapulario por el collar de la justicia. ¡Qué trabajo le va á costar á mi tío separarse de mí! ¡Pobre tío mío, qué bueno es conmigo! ¡Y cuánto le debo! ¡Mi educación, mi carrera... todo! ¿Pero qué le hemos de hacer? El foro me llama. Temis, para dictar sus fallos, aguarda serena, reposada y tranquila la voz de mis elocuentes argumentos vibrante y sonora como la campana mayor de esta parroquia, y persuasiva como la palabra de mi tío cuando sube á la cátedra del Espíritu Santo.

ESCENA II

BAUTISTA y DON PLÁCIDO (Cura párroco.) Viene de sus habitaciones por una puertecita que hay en el foro á un lado. Es un viejecito de setenta años, muy simpático y agradable. Saca balandrán y bonete. Ha oido las últimas palabras de Bautista. Luego DON JUAN (Teniente cura) y DON ANTONIO (Capellán.)

PLÁC. ¡Amén! ¿Estabas hablando solo?

BAUT. Buenos días, tío. Iba á informar.

PLÁC. ¿A informar? ¿Y ante qué tribunal?

BAUT. Ante el Supremo.

PLÁC. (Riendo.) ¡Hombre! ¿Y dónde está aquí el Tribunal Supremo?

BAUT. ¿Qué dónde está aquí el Tribunal Supremo? (Mirando disimuladamente al público.) Ya lo sabrá usted dentro de un rato.

PLÁC. Licénciate primero, y luego veremos cómo informas. Dí, ¿á qué hora son los desposorios?

BAUT. A las nueve. A propósito; el juez municipal, mi amigo, no puede venir y delega en mí sus funciones para la inscripción del matrimonio en el Registro civil. De modo que yo levantaré el acta correspondiente.

PLÁC. Vamos; al fin se casa la Nieves.

BAUT. ¿Cómo? ¿Por qué dice usted al fin se casa la

Nieves? ¿Es que ha estado otra vez para casarse?

PLÁC. Otras dos veces: ¿no lo sabías?

BAUT. No señor.

PLÁC. La Nieves es una hermosa muchacha aragonesa... (El Teniente cura viene de la calle, y atraviesa la escena, entrando en la sacristía. Saluda al pasar.)

JUAN Buenos días, don Plácido.

PLÁC. Buenos días, don Juan.

JUAN ¡Adiós, Bautista!

BAUT. ¡Felices!

PLÁC. Pues bien: la Nieves es una muchacha aragonesa, huérfana, á quien su padre quiso casar con un señor que la llevaba treinta años. Pero por fortuna para ella, aquel señor se murió de repente dos días antes de la boda. Luego, la muchacha tuvo un novio joven como ella, pero... de esto no estoy bien enterado; yo no sé si es que el novio la dejó, ó si le obligaron á que la dejara, en fin, esto no lo sé; lo cierto es, que... (Sale el otro cura, saluda, y entra en la sacristía.)

ANT. ¡Santos y buenos!

PLÁC. ¡Dios guarde á usted, don Antonio!

BAUT. ¡Vaya usted con Dios!

PLÁC. Pues bien: la pobrecilla se quedó compuesta y sin novio por segunda vez, y ahora se casa con este, que aunque es mucho más viejo que ella, viudo y con hijos, es hombre honradísimo, según dicen, y muy rico, pero muy rico.

BAUT. Sí, á este le conozco de haberle visto aquí. Le llaman don Pepe y tiene en Madrid tres ó cuatro cafés. ¡Demonio de hombre! ¡Haber hecho su fortuna dando la tostada!

PLÁC. ¿Qué es eso de dar la tostada? ¡No seas mal pensado!

BAUT. Pero tío, ¿le parece á usted que habrá dado pocas tostadas á sus parroquianos con tres ó cuatro cafés?

PLÁC. Es un asturiano á carta cabal.

BAUT. ¿Asturiano? ¿Y usted sabe si procede de aquel *rincón desde el cual el insigne don Pelayo hizo á España volver de su desmayo*?

PLÁC. Hijo mío: eres el primer hablador que ha nacido de madre, por lo cual te pronostico que errarás mucho.

BAUT. Pero tío, si sigo la carrera de Derecho y no la de Veterinaria, ¿cómo quiere usted que *hierre?* (Salen los Monaguillos y otro chico y se colocan al lado de la cuerda de la campana. Luego sale otro chico y habla con ellos.)

PLÁC. ¡Anda, majadero, anda! (En tono cariñoso.)

BAUT. Deme usted la mano, tiito, que hoy no se la he besado á usted todavía. (Le toma la mano y se la besa.) Y ahora en la frente. Ya sabe usted que es mi costumbre. (Lo hace.)

PLÁC. ¡Zalamero, más que zalamero! Dios te bendiga como te bendice tu tío! (Le pone la mano sobre la cabeza y le abraza.)

CHICO 1.º (Saliendo.) ¿Sabéis lo que he hecho? (Frotándose las manos de gusto.)

CHICO 2.º
CHICO 3.º ¿El qué?

CHICO 1.º He cosido los vestidos á doña Juana y á doña Carmen con bramante *mu* fuerte, *mu* fuerte, ¡ay qué risa! y no se pueden *desapartar.*

CHICO 2.º
CHICO 3.º ¿Pero te han visto?

CHICO 1.º ¡Quiá! ¡Si ha sido en la capilla que está *mu* oscura!

MON. ¡Mecachis! ¡Ahí vienen!

CHICO 1.º Bueno; como á mí no me han visto..

ESCENA III

DICHOS, DOÑA JUANA y DOÑA CARMEN, viejas santurronas. Salen tirando la una de la otra, por llevar las faldas cosidas. Con ellas sale BALDOMERO, sacristán de la parroquia.

JUANA ¡Aquel ha sido! ¡Aquel pillastre! (Queriendo irse hacia él.)

PLÁC. ¿Qué es esto?

BAUT. ¡Anda, anda! (Riendo.)

CAR. No tire usted así, doña Juana, que nos vamos á hacer pedazos.

BALD. ¡El de siempre! Ahora te diré yo!... (Coge al

Chico 1.º, le zarandea y le da capones y puntapiés. El chico se defiende pero sin llorar. Los otros chicos se escapan.)

CHICO 1.º Pero ¿por qué me pega usted á mí?

BALD. ¡Por granuja!

CHICO 1.º ¡Que yo no he sido!

JUANA ¡Te han visto, bribón, te han visto! (Otra vez yendo hacia él.)

CAR. ¡Por Dios, doña Juana!

PLÁC. ¡Basta, Baldomero, basta!

BALD. ¡No sabe usted lo que es esta buena pieza!

CHICO 1.º ¡Mecachis en usted!... (Casi amenazando al sacristán. Este va á pegarle otra vez. Don Plácido se interpone y habla con ademán severo.)

PLÁC. ¡He dicho que basta! (Pausa.) No hay necesidad de maltratarle tanto. Al cabo es una criatura.

JUANA Pero con la mano muy larga. Mire usted, señor don Plácido; he dejado de traer á mi sobrina á rezar el rosario por la noche, por culpa de esa *criatura*, como usted le llama; y además me tiene acribillada á pellizcos la pierna izquierda.

BAUT. Es adolescente: no le alcanza la ley. Esos pellizcos son irresponsables. Aquí la responsable es usted, por dejarse dar esos pellizcos.

JUANA Porque creía que era una persona formal la que me los daba, y no este monicaco!...

PLÁC. Bueno, señoras, bueno; esto se acabó. Baldomero, descosa usted á estas señoras.

BALD. ¡En la sacristía hay unas tijeras! Vengan ustedes.

JUANA ¡Si me valiera!... (Queriendo ir hacia el chico que está metido en un rincón.)

CAR. ¡Caramba con usted, doña Juana! ¡Que nos vamos á quedar aquí en camisa! (Vanse con el Sacristán, gruñendo y renegando.)

PLÁC. Niño, vete á tu casa y hasta mañana no vuelvas por aquí. Y si das en hacer estas diabluras no te dejo poner los piés en la iglesia y se lo digo á tu madre para que te castigue. Conque anda, anda, y cuidadito conmigo. (Lo dice todo esto haciendo como que se

enfada. Vase el chico á la calle.) ¡Vaya con el niño! (¡Cosas de muchachos! Pero este atolondrado de Baldomero, todo lo compone con pegar. ¡Cuidado si tiene larga la mano! ¡Y no repara que son criaturas!...)

BAUT. ¡Qué genio tiene usted, tío! ¡Qué genio! ¡Se pone usted hecho un león! (Burlándose del carácter bondadoso de su tío.)

PLÁC. Me pongo como debo.

BAUT. ¡Oh, mucho, mucho! Es usted temible. Si fuera usted magistrado, la balanza de Astrea...

PLÁC. Estaría siempre en el fiel.

BAUT. ¡Oh, ya lo creo! (Sería un balancín que ni el de Blondín.)

PLÁC. ¡Ah, toma! Una carta que ha venido para tí por el correo de esta mañana. Voy á rezar mientras llegan los de la boda. (Vase á la sacristía.)

BAUT. ¡Esta letra!... ¡Cómo se parece á la del pobre Rafael! ¡Qué disparate! ¡Pero es exactamente igual! (Abre la carta y lee) ¡Jesús! ¿Qué es esto?... ¡Rafael! ¡Vive! «Adivino tu sorpresa, Bautista mío. Muerto me creiais todos en el campo de batalla. Pero Dios ha querido que viva para mi padre, para tí y para ella. Ya lo sabrás todo. Cuando recibas esta carta, poco faltará para que te abrace el muerto resucitado, Rafael.» ¡Esto es increible! ¡Rafael! ¡Mi amigo, mi hermano!... Pero, según la fecha de esta carta, hace quince días que he debido recibirla... ¡Voy á leérsela á mi tío!... No, que está rezando. Le sorprenderé luego. A mi tía, sí. ¡Cómo se va á quedar!... (Se dirige á la puertecita del foro, y se detiene al ver á Rafael.)

ESCENA IV

BAUTISTA y RAFAEL que viene de la calle. Muchacho de veinticinco años, guapo, simpático, alegre y decidor como Bautista. Sale vestido de soldado de caballería. Lleva toda la barba

RAF. ¡Bautista!
BAUT. ¡Rafael! (Corren el uno al otro y se abrazan.)

Música

BAUT. ¿Tú vivo?
RAF. ¡Ya lo ves!
Tan vivo como tú,
y lleno de alegría,
y lleno de salud.
La muerte en la batalla
no se ha hecho para mí:
ni el fuego del cañón,
ni el tiro del fusil.
Si caigo me levanto
y vuelvo á pelear.
BAUT. Mentira me parece
volvernos á abrazar.
RAF. ¡Esa es la verdad!
Yo he nacido dos veces
por casualidad.
BAUT. Aquí han doblado las campanas
por el soldado Rafael.
RAF. Pues que las echen hoy á vuelo
que aquí me tienen otra vez.
BAUT. Dame otro abrazo.
RAF. Toma otros cien.
BAUT. Yo soy Bautista. (Riendo gozoso.)
RAF. Yo Rafael. (Idem.)

Hablado

RAF. ¿Recibirías mi carta?
BAUT. Ahora mismo.
RAF. ¿Cómo, sí te la escribí hace un mes?

BAUT. Pues ahora mismo. Mírala. (Enseñándole la carta.)

RAF. ¡Bueno anda el correo por el otro mundo!

BAUT. ¿Y como caíste muerto, digo, herido?

Música

RAF.
Una brillante carga
de mi escuadrón
puso á los enemigos
en dispersión.
Con aquellos caballos
que tienen alas,
porque son tan ligeros
como las balas,
abrimos en las masas
filibusteras
unas brechas tan grandes
como troneras.
Dando tajos y golpes
locos y ciegos,
íbamos apagando
sus vivos fuegos.
Allí rueda un caballo
con su ginete.
Aquí triunfa la lanza
del vil machete.
¡Los gritos del combate!
¡Gritos sangrientos!
¡Cuantas imprecaciones!
¡Cuantos lamentos
Luego el grito de ¡España!
que es grito santo:
grito de los leales
que sufren tanto.
¡Luego el triste silencio
que da la muerte!
Yo tendido en el campo,
pálido, inerte.
....
Y aunque con los muertos
tuve relación,
he resucitado,
¡voto á mi escuadrón!

para dar más guerra
que Napoleón.

BAUT. ¡Ay, Rafaelillo
de mi corazón!
Cuando aquí se sepa
tu resurrección,
vas á ser el amo
de la situación. (Se abrazan nuevamente.)

Hablado

¿Y cómo vienes? ¿Con licencia?

RAF. Vengo inválido. Una bala me rompió este brazo; (El derecho.) y así como aquel quinto no podía hacer así, así, con el dedo, (Encogiendo y estirando el índice de la mano derecha.) yo no puedo hacer así, así, con el brazo; (Levantando y bajando el izquierdo.) solo que lo mío es verdad. ¡Si vieras, Bautista, lo que he sufrido! Herido mortalmente, caí prisionero, y en la manigua he vivido siete meses, digo, no he vivido, aquello no era vivir; te aseguro que más de una vez estuve por quitarme la vida. ¡Y sin poderme comunicar con nadie!

BAUT. ¿Y cómo te viste libre?

RAF. Estudiando mil medios... acechando las ocasiones que podían serme propicias... ¿qué sé yo?... hasta que, por fin, una noche me escapé.

BAUT. ¡Ah, valiente!

RAF. Empecé á correr desatentado, sin saber la dirección que llevaba; pero yo corría y corría, y, como el jabalí que va cortando la maleza que le obstruye el paso, así iba yo por aquellos lugares de desolación; destrozándome las manos entre los jarales, hundiéndome en los pantanos hasta la cintura, cayendo, levantando, ¡qué se yo!... Mira, Bautista, no lo dudes; el ángel de la guerra, ó el ángel de la paz, ó... ó el ángel que tú quieras, es decir, la Providencia, Dios, que no me abandona nunca, me llevó en volandas hasta dejarme otra vez en brazos de mis hermanos los leales, que formaban las pri-

meras avanzadas frente al campo enemigo.

BAUT. ¡Me entusiasmas!

RAF. Al día siguiente me presenté. ¡Figúrate el asombro de los que me creían muerto!

BAUT. Claro; tu nombre vino en el parte oficial figurando entre los muertos de aquella jornada.

RAF. A los dos días aproveché un vapor que venía á España y antes de ayer desembarqué en Cádiz y abracé á mi padre; ¡á mi padre de mi alma! que ha estado á las puertas de la muerte llorando la mía. Ahora falta el desenlace de esta tragi-comedia. Esta noche salgo para Teruel.

BAUT. ¿Para Teruel?

RAF. Allí, cuando me fuí á la guerra, dejé un pedazo de mi corazón.

BAUT. ¡Ah! ¿Tenías amores y no me habías dicho nada?

RAF. Cuando empezaron mis amores estabas tú viajando por el extranjero; y como luego no te he vuelto á ver... Ella también habrá llorado mi muerte; ¡oh! de eso estoy segurísimo. Pero ¿conservará mi memoria? ¿Habrá aquello de «á rey muerto, rey puesto»? ¡Ya se ve! ¡Como ella no sabe que he resucitado!

BAUT. ¡Y en Teruel! ¿Tendremos en ella otra Isabel de Segura y en tí otro Diego de Marsilla? (Riendo.)

RAF. Vaya, no quiero pensar en ello. ¿La sorprenderé? ¿Volverá á quererme como me quería? ¡Sí! y viendo que estoy vivo... ¿verdad, mi querido Bautista?

BAUT. ¡Pues ya lo creo! Porque el ser inválido de un brazo no supone nada.

RAF. Eso digo yo.

BAUT. ¿Y luego, qué piensas hacer?

RAF. Acabar la carrera. Me faltan tres asignaturas; las apruebo, y me licencio.

BAUT. Eso es. *Cedant arma togue.* Nos licenciaremos juntos. ¡Ah! mira: y quítate la barba, te está muy mal.

RAF. En cuanto salga de aquí me la quito.

BAUT. Vamos á ver á mi tía. A mi tío le veremos luego, porque ahora tiene que celebrar unos desposorios. Ya parece que van llegando los convidados.

RAF. ¿Estais de boda?

BAUT. Una boda por todo lo alto. Un industrial muy rico. Yo tengo que actuar de juez para la inscripción del matrimonio. Descansarás arriba un rato, y luego pasaremos el día juntos.

RAF. ¡Otro abrazo, mi Bautista!

BAUT. ¡Otro abrazo, mi Rafael! (Vanse por la puertecita del foro. Durante la última parte de este diálogo han ido saliendo poco á poco los convidados á la boda. Algunos pertenecen á la clase media. Otros son artesanos; pero lo mismo ellas que ellos van vestidos con todo lo mejor que tienen, más ó menos exageradamente. Baldomero y el Teniente cura los reciben y conversan con ellos. Unos se pasean, otros se sientan y otros se meten en la sacristia. Los monaguillos entran y salen preparándolo todo.)

ESCENA V

BALDOMERO, el TENIENTE CURA, CONVIDADOS, MARTINITO, hijo del organista. Es un chico de diecisiete años, muy soso y muy ñoño. El señor de BIZCOCHEA (convidado.) Es un vejete pintarrajeado que se las echa de joven y de elegantón

MART. (Al Teniente Cura.) Buenos días, don Juan. Vengo por mi padre.

JUAN Pues tu padre no ha venido todavía.

MART. Pues por eso vengo por mi padre.

JUAN ¿Qué dices, niño?

MART. Que no lo entiende usted.

JUAN Pues verás como te doy un coscorrón.

MART. Digo que vengo en lugar de mi padre á tocar el órgano en la boda; y por eso digo que vengo por mi padre.

JUAN ¡Acabáras!

MART. Y me ha dicho mi padre que le diga á usted, que quién va á subir á entonarme. Que no quiere que me entone el sacristán, que

sopla muy fuerte y se echa á perder el órgano.

JUAN — Pues busca quien te entone, que yo no sé de eso. Y no te vendría mal que te entonaran, que estás hecho un lambrijo. (Se va al foro.)

MARI. — Bueno; á mí, con tal que me entonen, lo mismo me da. (Vase á la sacristía.)

BIZ. — (Al Teniente.) Beso á usted la mano.

JUAN — Gracias.

BIZ. — ¿Aun no han venido los contrayentes, verdad?

JUAN — No, señor.

BIZ. — ¿A qué hora es la cosa?

JUAN — La boda es á las nueve.

BIZ. — Muchas gracias. (Vase contoneándose á la sacristía.)

JUAN — La pregunta es buena.

ESCENA VI

DICHOS, LA NIEVES, joven aragonesa, hermosa, sencilla y franca. Viste traje negro rico y mantilla. DON PEPE (el novio), viste de levita y sombrero de copa, todo muy bueno, pero se le despega algo. Es un hombre de cuarenta y ocho á cincuenta años. Usa grandes patillas, como cuando era mozo de café. Habla con dulzura y es muy calmoso. Su acento es marcadamente asturiano. DOÑA BENITA (su hermana), es la madrina de boda. Tiene cuarenta y cinco años. Lleva traje negro y mantilla, muy buenos. Su acento es muy asturiano. DON NICOLÁS (padrino de boda), es cuñado del novio. Viste como él y también se le despega la ropa. UN AMA DE CRÍA con un niño de un año, hijo del novio. DON PLACIDO, que viene de la iglesia. Luego BAUTISTA, que sale por la puertecita del foro. Todos los convidados reciben y felicitan á los novios. Ellas besan á la Nieves y ellos abrazan y bromean con don Pepe. Mucha animación.

Música

PEPE — ¡Buenos días, señor cura!

PLÁC. — ¡Bien venido, don José!
¡Señorita! (A la Nieves.)

NIEV. — ¡Padre mío!... (Besándole la mano.)

JUAN — (La muchacha es un clavel.)

CONV. 1.ª Chica, estás encantadora.
CONV. 2.ª ¡Qué vestido de *moaré*!
CONV. 1.ª Déjanos que te besemos.
CONV. 2.ª ¡Qué dichosa vas á ser!
TODAS (Unas á otras, aparte.)
¡El vestido no me gusta!
¡Y que no le sienta bien!
NIEV. Me mirais con buenos ojos
porque todas me quereis.
CONV. 1.ª ¡Otro beso!
CONV. 2.ª ¡Y otros ciento
TODAS ¡Nos la vamos á comer!
CONV. 1.º ¡Bien, señor don Pepe!
CONV. 2.º ¡Esto va de veras!
CONV. 3.º Aun está usté á tiempo
de decir que no.
TODOS (Aun le estoy mirando
con las cafeteras
y sirviendo luego
copas de *Noyó*!)

(Don Pepe toma de la mano á Nieves, y adelantándose con ella, se dirige á don Plácido. Los demás forman grupos.)

PEPE Esta es mi Nieves, señor cura.
Esta es la esposa que elegí.
La soledad me da tristura:
la soledad no es para mí.
Viudo quedé con este niño
que me ha costado mucho afán;
Nieves le tiene ya cariño,
Nieves es buena como el pan.
Y cuando usted en la capilla
nos dé su santa bendición,
podré decir:—«Ya tiene madre
el hijo de mi corazón.»
NIEV. Yo seré madre de este niño;
yo cumpliré mi obligación
Este es mi padre: yo le quiero
y así le doy mi corazón.
Huérfana soy, por eso lloro
al recibir la bendición.
Recuerdos son del otro mundo,
pero que al fin recuerdos son.
PLÁC. Tengo el feliz presentimiento

de que han de hacer muy buena unión.
Bendeciré á los nuevos novios
lleno de gran satisfacción.

CONV. Hay mucha gente muy curiosa
que quiere entrarse de rondón.
El matrimonio de la Nieves
está llamando la atención.

Hablado

PEPE Mi hermana Benita: madrina de boda. (Presentándola.)

PLÁC. Por muchos años.

PEPE Mi hermano Nicolás, esposo de mi hermana. (Idem.)

PLÁC. ¿Cómo?

PEPE No es enteramente mi hermano; es que su madre y mi padre estuvieron casados y por eso nos llamamos hermanos.

PLÁC. ¡Ah, ya comprendo!... ¿Y tienen ustedes familia?

BEN. No, señor Cura. Dios no ha querido darnos hijos.

NIC. Por más que lo hemos deseado, y por más que hemos hecho, Dios no ha querido.

PLÁC. El sabrá por qué.

NIC. Ya lo creo que lo sabrá. Mejor que nosotros.

BEN. Pues si él no lo supiera, ¡quién lo había de saber!

BAUT. (Saliendo.) (Arriba queda mi pobre Rafael.) Buenos días, señores.

PLÁC. Anda, Bautista, ya creo que es hora. Voy á revestirme y espero en la capilla.

BAUT. Y yo á tomar los nombres para levantar el acta. (Vase don Plácido á la sacristía acompañado del segundo cura y un monaguillo.) (¡Qué hermosa es la novia!) Baldomero (Al sacristán.) vaya usted apuntando los nombres de los interesados. (Baldomero se sienta á la mesa y á ella se van acercando don Pepe, los padrinos y los testigos. Los demás siguen en grupos.) Señorita, yo soy sobrino de don Plácido, especie de sacristán ilustrado, y encargado de levantar el acta matrimonial.

NIEV. Muy bien, señor.

BAUT. Hoy es día de felicidad para usted.

NIEV. Sí, señor.

BAUT. Y para don Pepe, á quien va usted á dar su corazón.

NIEV. Como debo dársele; corazón agradecido, leal y desinteresado. Yo le había perdido hace un año; cuando se me murió mi madre y además otra persona. Pero este hombre honradísimo supo encontrarlo, y me lo volvió á poner en su sitio y aquí le tengo. Ya no salta ni brinca, como saltaba y brincaba en otro tiempo, eso no, porque no puede ser, pero es de mi marido; porque como yo soy suya, y el corazón es una parte de mi cuerpo, tiene que ser suyo también; pero nada más. Y ya lo sabe mi marido.

BAUT. Algo se ha dicho de ciertos amores contrariados...

NIEV. ¿Contrariados? ¡Por nadie! Aquellos amores acabaron por que Dios quiso. (Enjugándose una lágrima disimuladamente.)

BAUT. Pero á la tercera va la vencida, y ahora se casa usted.

NIEV. Sí; como dicen mis conocidas por ahí:—«Al fin se casa la Nieves».

BAUT. Así se dice.—Pues á firmar el acta y á recibir las bendiciones.

NIEV. ¡Vamos allá! (Se acerca á la mesa donde están los demás)

BAUT. Señores: ya pueden ustedes ir pasando á la capilla. (Vanse los convidados por la sacristía, excepto tres o cuatro señoras y dos ó tres señores, que se quedan para acompañar á los novios y á los padrinos.)

BIZ ¡Muy bien, don Pepe, muy bien! ¡Qué tiempos aquellos!

PEPE Cuando yo era camarero, ¿verdad, señor de Bizcochea?

BIZ. Recuerdo... ¡cosas de jóvenes! que llegué á deberle á usted cuarenta y cinco cafés y diez y siete cenas variadas.

PEPE ¿Quién se acuerda de aquello?

BIZ. Pero creo que se las pagué á usted, ¿verdad?

PEPE Pero por Dios, ¿quien se acuerda de aquello? (Baldomero llama á un monaguillo, dando al mismo tiempo dos ó tres palmadas. Don Pepe, distraído contesta.)

BALD. ¡Pepe!

PEPE ¡Va! Digo, no. Vea usted: (Riéndose.) creía que me llamaba un parroquiano.

BIZ. ¡La costumbre!

BAUT. Vamos, cuando ustedes gusten. (Invitándoles á ir á la capilla.)

TODOS Sí, vamos. (En este momento se oye el órgano. Todos excepto Baldomero, se van por la sacristía. Las que acompañan á Nieves van besándola y abrazándola. Los hombres con el novio y los padrinos Baldomero se queda arreglando papeles.)

ESCENA VII

BALDOMERO. RAFAEL que sale por la puertecita del foro. Luego BAUTISTA y DON JUAN (Teniente Cura.) A su tiempo, óyense murmullos prolongados en la sacristía, hasta que los convidados, por grupos y á intervalos, van apareciendo seguidos de todos los demás

RAF. ¡Pobre viejecita, como se ha quedado! ¡La sorpresa! La que estoy causando en todas partes. ¿Qué me esperará en Teruel? ¡Sábelo Dios! Estoy impaciente; me voy; volveré luego á ver á don Plácido. (A Baldomero) Hágame usted el favor de decirle á Bautista, cuando salga de la capilla, que ahora no me puedo detener; que volveré luego.

BALD. ¡Se lo diré así!

RAF. La boda de un rico; con órgano y todo. (Deteniéndose delante de la sacristía.) ¡Y qué dulces son los ecos del órgano! ¡Se eleva el espiritu, se ensancha el alma! El *sí* eterno debe de pronunciarse con más hondo placer!... Mi boda, si Dios quiere, será la boda del pobre. Sin más lujo y ostentación que el mutuo cariño. Vaya, vámonos: me da envidia. Que sean dichosos, y que lo sea yo también. (Vase á la calle.)

BAUT. (Saliendo.) Baldomero; recoja usted y guarde esos papeles.

JUAN ¿Qué es eso? ¿Qué ha ocurrido?

BAUT. Un incidente inesperado y desagradable; escrúpulos de mi tío, porque después de todo, no son más que escrúpulos. Figúrese usted que al empezar la ceremonia nos encontramos conque la novia ha sido madrina de pila del hijo de su futuro esposo, y dice mi tío que sin licencia del Vicario no puede darles la bendición por el parentesco espiritual que han contraído.

JUAN Ese parentesco han debido hacerlo constar previamente.

BAUT. Pues no lo han hecho, sin duda, por olvido: pero lo cierto es que no hay boda. (Salen todos. Don Plácido, los novios y los padrinos, vienen entre ellos. Siguen los murmullos.)

PLÁC. Suplico á ustedes, señores, que me oigan un momento. (Todos callan.) Señor don José: señorita Nieves: nadie como yo deplora lo que acaba de suceder. Veo el trastorno que á ustedes se les origina, y con toda mi alma hubiera querido evitarlo; pero mi conciencia y los deberes sagrados de mi ministerio me prohiben celebrar estos desposorios, ínterin no venga la licencia de mis superiores. Mañana mismo puede quedar subsanada esta falta, y pasado mañana, consumado el matrimonio.

BAUT. Yo creo, tío, que podía celebrarse *sub conditione...*

PLÁC. Cállate, Bautista. Tú sabes leyes: yo sé cumplir con mi obligación. (En tono severo.)

NIEV. Señor cura: yo nada tengo que decir, sino que respeto la decisión de usted, y hágase lo que deba hacerse.

NIC. ¿Y qué remedio?

BEN. ¡Triste es; pero, qué remedio!

PEPE Señor cura: yo no siento el trastorno; lo que siento es si nos habremos puesto en ridículo. (Nuevos murmullos.)

PLÁC. Vuelvo á rogar á ustedes que contengan un poco las murmuraciones. (Todos callan.)

PEPE — Pero puesto que mañana ó pasado, ú el otro á más tardar ha de quedar hecho el matrimonio, no se suspende nada, absolutamente nada. (Risas y murmullos contenidos.) ¡Señores!... ¡Por Dios!... (Callan todos otra vez.) Usted, señor cura, me había dado su palabra de pasar el día con nosotros y con su señor sobrino en mi posesión de *La venta del Grajo*, y usted tiene que cumplirnos la palabra.

NIEV. — Eso sí, señor cura; usted se viene con nosotros.

BEN. — ¡Sí, señor cura!

NIC. — No nos deje usted feos.

PLÁC. — Queridos míos, ahora me es imposible; tengo que celebrar. Como contaba con decir la misa de velaciones... pero les doy mi palabra de que esta tarde la pasaré con ustedes.

PEPE — Pero su señor sobrino puede venirse ahora con nosotros.

BAUT. — Iré un poco más tarde.

PEPE — Tenemos dispuesto el desayuno en uno de mis cafés de Madrid.

BAUT. — ¡En el gran café del Día!

PEPE — Ahora nos desayunamos. Luego cambiamos de ropa, y en los carruajes que tengo prevenidos, ¡á la *Venta del Grajo!*

PLÁC. — Muy bien.

NIC. — ¡Y nada se trastorna!

BEN. — Y nada queda por hacer.

BIZ. — (¡No; eso sí que no es verdad!)

PEPE — Y por la noche, cada mochuelo á su olivo. Con que, hasta la tarde, señor cura.

NIEV. — ¡Señor cura!... (Besándole la mano.)

PLÁC. — Adiós, hijos míos. (Vanse todos despidiéndose y hablando unos con otros. Los curas y Baldomero se van á la sacristía.) Lo siento en el alma, pero no puedo pasar por otro punto.

BAUT. — Bueno; vayan benditos de Dios. Tío, vamos arriba.

PLÁC. — ¿Arriba? ¿A qué?

BAUT. — Tiene usted allí una visita inesperada. Prepárese usted á no emocionarse demasiado, porque esa visita es la de una persona á quien no esperábamos volver á ver.

PLÁC. ¿Qué dices, muchacho?
BAUT. ¿Se acuerda usted de Rafael?
PLÁC. Sí, ¿pero qué?...
BAUT. ¡Ha venido sano y salvo!
PLÁC. ¿Cómo es posible?
BAUT. Ahora lo sabrá usted todo.
PLÁC. ¡Dios de misericordia!
BAUT. Vamos arriba. (Vanse por la puerta del foro.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Una calle de Madrid. A la derecha un café, por cuyas puertas, que son grandes, se vé el interior. El rótulo dice: «Gran café de El Día.» A la izquierda una «Peluquería y Barbería» en la planta baja de la casa.

ESCENA VIII

El maestro BARBERO á la puerta de su tienda. Un MOZO á la puerta del café. Dentro de éste, y ocupándolo todo, están los NOVIOS PADRINOS y CONVIDADOS. En la calle hay mucha gente y muchos chiquillos. Un GUARDIA cuida de que no se meta todo el mundo en el café. La pequeña Orquesta de ciegos, compuesta de seis instrumentos, está arrimada á la pared y toca á su tiempo. Un VENDEDOR de sartenes, peroles y cacerolas sale cantando y repiqueteando sobre una cacerola con un martillo. Oyense en el café las carcajadas y el ruido de los vasos y cucharillas. Mucha animación

Musica

CORO (En la calle.)
Como la de don Pepe
no hay otra boda.
El que tiene dinero
se hace persona.
¡Y dígalo usté!
Nadie dice que ha sido
mozo de café.
¡Y qué guapa es la novia!

¡Vaya si es guapa!
Merecía un muchacho
de buena estampa.
Esa es la verdad.
Que ya no está don Pepe
para enamorar.

—

CONVS. (En el café.)
¡Já, já, já, já, já!
¡La ocurrencia está buena!
¡Vaya si lo está!

—

SART. (Saliendo.) El sartenero,
cacerolero,
lleva en las manos el gran sonajero,
para alegrar al que tiene dinero
y al infeliz que no come puchero.
Y á las casadas,
y á las solteras,
y á las viuditas que son casaderas,
y á las que tienen dolor de caderas,
y á las comadres que son embusteras,
y al que pretende una niña bonita
para casarse
y enchiquerarse
y que lo mate despues el Guerrita.
Ranquitritrán.
Ranquitritrán.
Ranquitritrán, quitritrán, quitritrán.
(Repiqueteando.)

BARB. (Hablado.) ¡Cállate, hombre! ¡Pues vaya una música que te traes!

SART. Maestro, deme usted una cerilla.

BARB. Toma y no nos aturdas.

SART. Gracias. (Deja la mercancía en el suelo y enciende un cigarro.)

CORO (En el café.)
¡Viva la alegría!
¡Viva la espansión!

PEPE Estos son momentos
de satisfacción

que no han de borrarse
de mi corazón.

(Toca la orquesta de los ciegos.)

CORO (En la calle.)

¡Qué bonito es esto!
Vaya si es bonito.
Y estos pobres ciegos
me dan compasión.
¡Esta no es la murga
que pa dar los días
rompe los oídos
con el serpentón!

PEPE ¡Pobrecitos ciegos!
Anda tú, Ramón,
dales una buena
gratificación.

(Un mozo sale y les da dinero.)

SART. (Acercándose al café.)

El sartenero,
cacerolero,
hace ya un mes que no tiene dinero.

CORO (En el café.)

¡Já, já, já, já!
¡Qué pillastrón!
Como aprovecha también la ocasión.

PEPE Sabe tener la sarten por el mango.
Debe llevar su gratificación.

(El mozo le da dinero. El sartenero da las gracias y se va repiqueteando.)

SART. (Hablado.) Que ustedes se gocen.
(Cantado.)

El sartenero
cacerolero... etc.

(Acaba la orquesta. Aplauso en el cafe. Los ciegos se retiran.)

ESCENA IX

DICHOS, DOÑA TOMASA y su hija TOMASITA. Doña Tomasa es una señora gruesa de cuarenta años, muy alegre, muy habladora, muy descompuesta en sus ademanes, habla muy fuerte, se ríe mucho sin venir á cuento y tiene la costumbre de dar con el abanico á todo el que habla con ella sin saber lo que hace. Su hija Tomasita, pollita de dieciocho años, se parece en todo á su madre. Las dos son tontas de nacimiento. BIZCOCHEA sale del café y se encuentra con ellas. Luego BAUTISTA

Hablado

D.ª Tom. ¡Señor de Bizcochea!

Tom. ¡Hola, Bizcochea!

Biz. ¡Amigas mías!

D.ª Tom. ¿Pero qué me dice usted de lo que ha pasado en la iglesia?... (Dándole un abanicazo.) ¡Qué fenómeno! Yo no he ido porque las luces me marean. Vengo aquí á almorzar. ¿Pero qué me dice usted?... (Otro abanicazo.)

Biz. Ahí están los novios. Soy con ustedes al momento. (Se dirige al guardia y le hace una pregunta. El guardia le indica el sitio y él desaparece.) ¿Dónde hay por aquí?...

Guar. En la primera calle, á la izquierda. (Tomasa y Tomasita, se acercan á una de las puertas del café. Al verlas las aplauden.)

D.ª Tom. Pero, qué ¿es esto?

Una voz ¡Doña Tomasa!

Otra voz ¡Tomasita! ¡Adelante!

D.ª Tom. Pero, ¿qué miscelánea es esta?

Pepe (Asomándose.) Se han hecho ustedes esperar.

D.ª Tom. ¡Como marido y mujer y sin estar casados! ¡Uy, que poca vergüenza! (Todo en broma y gritado.)

Todos ¡Já, já, já, já, já!

D.ª Tom. Se me han quitado las ganas de almorzar; pero entraré porque no digan ustedes.

Voces ¡Muy bien, muy bien! (Entran las dos. Doña Tomasa se sienta con otros convidados en una de las puertas de frente al público para que se la vea bien. Tomasita se sienta junto á Nieves y otras.)

BIZ. (Saliendo.) Hoy estoy fatal. (Entra en el café.)

BAUT. (Saliendo.) ¿Pero dónde se habrá marchado Rafael? Le he dejado las señas de este café para que venga á buscarme. Mi tío irá esta tarde, en un coche que le enviará don Pepe, á la posesión de la *Venta del Grajo.* Pero Rafael, si se empeña en marcharse esta noche... Vamos á ver esta gente. (Entra en el café. Todos le saludan y le hacen sitio. Sigue la animación.)

D.ª TOM. ¿Quién es ese joven que ha entrado? (A un convidado.)

CONV. 1.º El sobrino del señor Cura. Su tío le quiere muchísimo. Le ha dado carrera, todo.

D.ª TOM. ¿Sobrino?... ¿Sobrino?... ¿Sobrino?... (Acentuando la palabra maliciosamente y acabando por darle un abanicazo al Convidado 1.º)

CONV. 1.º (Riéndose.) ¿Pero qué hace usted?

D.ª TOM. ¡A mí no me venga usted con esas!... (Riéndose y dándole otro abanicazo.)

CONV. 1.º ¡Caramba, doña Tomasa, que me hace usted daño!...

D.ª TOM. Aguántese usted. (En broma.)

ESCENA X.

DICHOS. RAFAEL sale por la izquierda y se detiene delante de la Barbería

RAF. Parezco un palomino atontado. No sé donde voy. Bautista me ha dejado las señas del café de «El Día», para que vaya á buscarle. Este debe de ser ¿Es este el café de «El Día?...» (Al barbero.)

BARB. Sí, señor.

RAF. ¿Hay dentro una boda, verdad?

BARB. Sí señor. Se ha casado el amo del café.

RAF. (¿Y qué hago con entrar?... No entro: ¿á qué?... Aguardaré á que salga Bautista, ó le diré á un camarero que le haga salir y yo entre tanto... ¡Ah, esta barbería me viene de perlas!...) Maestro; aféiteme usted la barba. (Al Barbero.)

BARB. En cinco minutos. Pase usted.

RAF. No sé en qué consiste; pero esta boda me es antipática. (Entra en la barbería. Sigue la animación en el café.)

TOM. (Dentro) ¡Estése usted quieto, Bizcochea!...

UN CONV. (Bromeando.) ¡Bizcochea!...

OTRO (Idem.) ¡Oh, Bizcochea!

OTRO (Idem.) ¡Pero, señor de Bizcochea!

D.ª TOM ¡Tiene usted la mano muy larga, Bizcochea!

TOM. No es con la mano, que es con el pie.

D.ª TOM. ¡Pues no meta usted la pata, Bizcochea!

TODOS ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!

D.ª TOM. ¡Señor de guardia!... (Dirigiéndose al guardia que está á la puerta.) ¡Usted que es del orden, llame usted al orden al señor de Bizcochea! (El guardia se ríe.)

TODOS ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! (Doña Tomasa riéndose de su propia gracia le da otro abanicazo al Convidado 1.º que está con ella.)

BIZ. (Dentro.) Señores; yo soy incapaz. ¡Créanme ustedes!...

TODOS (Riéndose.) ¡Lo creemos! ¡Lo creemos!

PEPE ¡Señores; óiganme!

Música

Ya que nos hemos
desayunado
con chocolate y café con tostada,
vámonos todos
por la otra puerta
para salir á la calle excusada.
Y en los carruajes que esperan abajo
vámonos, pues, á la *Venta del Grajo.*

CORO
Sí, que ya es hora
de irnos marchando
á digerir el café con tostada.
Vámonos todos
por la otra puerta
para salir á la calle excusada.
Y en los carruajes que esperan abajo,
vámonos, pues, á la *Venta del Grajo.*

(Levantanse todos y se supone que se van por la otra puerta que tiene el café. Al irse crece la animación.)

UNO — Se van por la otra puerta.

(Todos los curiosos que había delante del café se van por el foro. Sale Bautista del café y, parado á la puerta, mira á todos lados.)

Hablado

BAUT. — Este demonio de Rafael, ¿dónde se habrá metido?... ¿Si estará con mi tío en casa?... Le esperaré un poco, y si no tendré que ir á buscarle.

ESCENA XI

BAUTISTA y RAFAEL; sale de la barbería sin barba y paga al Barbero

RAF. — Para usted, maestro. (Dándole propina.)

BARB. — Muchas gracias. ¿Va usted de boda?

RAF. — No sé si entrar.

BARB. — Al fin se casa la Nieves...

RAF. — ¿Cómo?... ¿Qué dice usted?...

BARB. — Que la novia, una muchacha aragonesa que ha estado para casarse dos veces, y las dos veces se descompuso la boda, se ha casado hoy con el dueño de ese café.

RAF. — (Temblando.) Pero... ¿está usted seguro de que esa Nieves es aragonesa y...

BARB. — Sí, señor; de Teruel.

RAF. — ¡Mentira! (En un arranque de ira.)

BARB. — ¿Cómo mentira?... ¿Si sabré yo geografía?... Teruel es Aragón.

RAF. — ¡Ah, esto es imposible!... (Corriendo hacia el café. Bautista le sale al encuentro. El Barbero se mete en su tienda.)

BARB. — ¡Me ha hecho gracia el soldado!

RAF. — ¡Bautista!

BAUT. — ¡Hombre, gracias á Dios!

RAF. — ¡Óyeme, Bautista!

BAUT. — ¿Qué tienes?

RAF. — Tú no eres capaz de engañarme, ¿verdad?

BAUT. — Yo, ¿por qué?

RAF. ¿Cómo se llama la novia que se ha casado esta mañana en tu iglesia?
BAUT. ¡Nieves!
RAF. ¿Y es aragonesa?
BAUT. Sí.
RAF. ¡Mientes, Bautista! (Con acento furioso.)
BAUT. (Asombrado.) ¿Eh?. .
RAF. (Exaltándose más.) ¡Te repito que mientes!
BAUT. ¡Rafael, mira lo que dices! (Enojado.)
RAF. Pero, ¿no ves que me estás matando? (Con vehemencia.) ¿Pero no ves que esa Nieves es mía? ¿Que no puede ser de otro?... ¿No lo ves, Bautista de mi alma?...
BAUT. ¡¡¡Ah!!! (Cayendo en la cuenta de todo.) ¿Es esa tu novia de Teruel?
RAF. ¡Esa, á quien voy á arrancar con mis manos de los brazos de su marido! (Queriendo ir al café.)
BAUT. ¿Dónde vas? ¡Si ya no están ahí! Se han ido.
RAF. ¿Se han ido? ¿Dónde?
BAUT. Al campo; pero cálmate.
RAF. ¿Al campo?... ¡Pues llévame ahora mismo!... (Exaltándose cada vez más.)
BAUT. Oyeme primero.
RAF. No quiero oir nada. Llévame al campo donde están mis amores.
BAUT. ¡No te llevo á ninguna parte, si no me dejas hablar!...
RAF. ¡Ah! ¿No quieres ir conmigo? ¿No quieres ser mi guía? No me importa; iré solo; acertaré; me echaré á andar por esos caminos, y acertaré. ¡Así salí de la manigua y llegué al campo de la lealtad!
BAUT. ¡Oyeme y no seas majadero, por no decirte otra cosa!
RAF. Pero, ¿qué quieres que te oiga?
BAUT. ¡Lo que vas á saber, y no me apures la paciencia! Nieves no está casada.
RAF. (Asombrado.) ¿Qué dices, Bautista?
BAUT. Que no está casada. Por un incidente inesperado se han suspendido los desposorios hasta dentro de dos ó tres días.
RAF. ¡Bautista mío! (Temblando de gozo y casi llo-

rando.) ¿No me engañas? ¿Es eso verdad? ¿No me lo dices para calmarme?

BAUT. Te lo juro.

RAF. ¡Bautista de mi corazón! (Abrazándole fuertemente.) ¿Y quién es el novio? ¡Lo mato! (En un arranque cómico.)

BAUT. ¡No digas tonterías! Un asturiano muy rico: el dueño de este café.

RAF. ¡Ah! ¿El amigo de su familia? ¡El que enviudó cuando yo me fuí á Cuba!... No lo mato, Bautista, no lo mato. Harto trabajo tiene con quedarse sin novia, porque ya supondrás que se queda sin novia, ¿eh?...

BAUT. Sí; pero me vas á obedecer en todo lo que yo te mande.

RAF. En todo, absolutamente en todo. ¿A qué campo han ido? Porque nos vamos ahora mismo, ¿verdad?

BAUT. A una posesión del novio, que se llama la *Venta del Grajo.*

RAF. Llévame, Bautista mío, pronto, vamos...

BAUT. Pues vamos allá, y acuérdate de que me has ofrecido ser prudente y hacer todo lo que yo te diga.

RAF. (Loco de contento.) ¡Vámonos á la *Venta del Grajo!* (Vanse por la izquierda.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

«La Venta del Grajo» Es una hermosa posesión que tiene don Pepe destinada á giras de campo. Arboles frondosos que se entrelazan y forman bóveda. Hay restaurant, columpios, mesas de piedra, etcétera, etc.

ESCENA XII

Todos los CONVIDADOS en traje de campo. Ellas bailan, juegan y se columpian. Los hombres se pasean, hablan con los novios y bailan y bromean con las muchachas. NIEVES aparece sentada con la MADRINA y dos ó tres amigas. DOÑA TOMASA con delantal de cocina, entra y sale en el restaurant. TOMASITA retoza con BIZCOCHEA y cuando él quiere abrazarla echa á correr y grita desaforadamente. DON PEPE está también con los convidados de conversación. Mucha animación al empezar el cuadro

Música

(Gran animación. Las señoras bailan, juegan y se columpian. Algunos caballeros se aproximan á los columpios, los detienen y lanzan después á un tiempo. Bizcochea reune á varios amigos, hablan un momento y se dirigen después á donde está sentada la Nieves.)

BIZ. Aquí venimos
en comisión
á que la novia
nos saque de tino
luciendo su voz.

(Todos los demás se van aproximando al grupo.)

NIEV. ¿Qué quieren ustedes
que les cante yo?

BIZ. Aires de su hermosa
tierra de Aragón.

CORO ¡Que cante!

NIEV. A intentarlo voy
que malo y rogado
dicen que es peor.

—

En Aragón las rubias
y las morenas
sus alegrías cantan,
cantan sus penas.
Cuando está el alma triste
rezando canta
y oye mejor los rezos
la virgen santa.
Porque no sé que tienen
nuestros pesares
que se nos van del pecho
con los cantares.

—

La música en mi tierra
siempre enamora,
lo mismo cuando ríe
que cuando llora.
Cantando, los soldados
van á la muerte,
cantando las muchachas
lloran su suerte.
Y nada nos apura
ni nos achica,
porque no lo consiente
la Pilarica.
Y de las guitarras
al alegre son,
cantan los baturros
aires de Aragón.

CORO — Y de las guitarras, etc.

Hablado

PEPE — Estos cantos son más alegres que los de mi tierra. Los nuestros son tristes, pero muy dulces, muy dulces.

D.ª TOM. — (Saliendo con una cacerola que revuelve con un cucharón.) ¿Más dulces que estas natillas que estoy haciendo? ¿A que no?... Se van ustedes á chupar los dedos. (Tomasita se ha subido al columpio y la empujan con mucha violencia. Bizcochea se ha tumbado en el suelo, cerca del columpio, como quien no hace nada, para verle las piernas á Tomasita.)

TOM. ¡Ay, que *me se* ven, que *me se* ven, que *me se* ven!... ¡Levántese usted de ahí, Bizcochea!... (Bizcochea no hace caso.) ¡Paradme! ¡paradme! ¡Levántese usted, Bizcochea!... ¡Caramba!... (Paran el columpio.)

D.ª TOM. ¡Este mico de Bizcochea! (Yendo á él y levantándole.) Pero, ¿no oye usted que se levante?

BIZ. No lo había oido, señora, el aire me ha puesto un poco sordo.

D.ª TOM. ¡Cómo le gusta á usted irse á las Vistillas!

BIZ. No veo nada, señora; soy miope.

D.ª TOM. ¡Sí, miope!

BIZ. ¿Está usted haciendo un plato de dulce?

D.ª TOM. Natillas. ¿Le gustan á usted?

BIZ. Para el dulce no tengo paladar.

D.ª TOM. ¿Que no tiene usted paladar? ¡Pues, hijo, á usted le faltan los cinco sentidos corporales!

BIZ. ¡No tengo más que olfato y tacto!

D.ª TOM. ¡Pues mucho cuidado con el tacto!... (Le arrima el cucharón á la cara y le llena de dulce. Risa general. Bizcochea se limpia como puede.)

BEN. (Riendo.) ¡Qué doña Tomasa!

NIEV. ¡Usted sola es capaz de revolver un reino!...

PEPE Digo que no volverá usted á meter el cucharón en las natillas, habiéndoselo puesto al señor de Bizcochea en las narices. ¡Digo, me parece! (Riendo.)

NIEV.
BEN. } (Riendo.) ¡Hombre, por Dios!

TOM. ¡Ay, qué asco!

D.ª TOM. ¿A que se lo pongo á usted también? (Amenazándole en broma con el cucharón.)

PEPE ¡Pero, qué enredadora es esta doña Tomasa! (Riendo. Doña Tomasa se vuelve al restaurant.)

ESCENA XIII

DICHOS. BAUTISTA por el foro. Se ve á RAFAEL que se oculta entre los árboles

BAUT. Cumpliendo mi palabra, aquí me tienen ustedes.

PEPE ¡Señor de Bautista!... (Muy afectuoso.)

NIEV. Creíamos que ya no venía usted, y lo sentíamos de verdad!

PEPE ¿Vendrá su tío de usted?

BAUT. De seguro. Mi tío nunca falta á su palabra.

TOM. (¡Qué muchacho tan guapo!)

BEN. (A Nieves.) Digo que pondremos también estas mesas para los que quieran comer al aire libre.

NIEV. Sí, madrina. Vamos á ponerlas. (Ayudadas de una ó dos criadas, ponen las mesas de piedra con todo lo necesario, sacándolo del restaurant.)

BAUT. (¡Qué hermosa! ¡Comprendo á Rafael!)

PEPE ¿Y qué le parece á usted mi posesión?

BAUT. Magnífica.

PEPE Ahora la verá usted toda. Vamos á ver, niñas; ¿quién quiere embarcarse?

TODAS. ¡Yo! ¡yo! ¡yo! ¡yo!

PEPE El vaporcito está preparado en el estanque. Yo seré el comandante del buque.

TODAS. ¡Sí, sí, sí!

BAUT. A propósito de buques. (Empecemos.) Un telegrama de Cádiz recibido hoy, dice que ha desembarcado allí un soldado de caballería procedente de Cuba, á quien se dió por muerto en el campo de batalla. (Observando á Nieves.)

NIEV. (¡Dios de mi vida!)

PEPE (¡Hombre!) (Observando á Nieves.)

BAUT. No me admira. A veces los partes se dan con demasiada precipitación. El telégrafo añade que el padre del soldado estuvo á punto de morirse de alegría al abrazar al hijo que creía muerto. (Nieves anonadada, deja caer un plato que se rompe.)

BEN. ¡Uy, qué lástima!... (Recoge los pedazos.)

NIEV. ¡Vaya... cómo ha de ser!... (Haciendo un esfuerzo para disimular y hablando en su tono de siempre.) Nadie diría que he roto un plato en mi vida.

PEPE (¡Pobrecilla!) ¡Criada torpe! (Acercándose á ella muy cariñoso.) ¡Que rompe la vajilla del amo! (El recuerdo de aquellos amores vivirá siempre con ella. ¡Si no fuera tan buena!)

BAUT. (Ya está dado el primer paso.)

PEPE Conque ¿se atreve usted á pasar el charco? (A Bautista.)

BAUT. ¿Pues no me he de atrever?

PEPE Nieves, acompáñale tú. ¡Caballeros! El vapor va á salir del puerto de la *Venta del Grajo.*

TODOS. (Bromeando.) ¡A la mar!

NIEV. (¡Virgen mía! ¡Si fuera él, sería doble mi desgracia!)

PEPE Yo voy detrás de ustedes. (Vanse todos cantando y bromeando. Tomasita siente cosquillas que le hace en la espalda Bizcochea, y grita. En este momento se ha presentado en la puerta del restaurant doña Tomasa, echando rom de una botella en la cacerola de las natillas.)

TOM. ¡Estese usted quieto, Bizcochea!

D.ª TOM. ¡Ay, Bizcochea, si voy!... ¡Qué plato de dulce se va usted á chupar! (Se vuelve al restaurant.)

BIZ. (¡No puede uno expansionarse!) (Vase con los demás. Rafael sigue ocultándose. Don Pepe se queda con Benita, que sigue poniendo la mesa.)

PEPE A Bizcochea le pondremos á comer aquí, al aire libre, donde se vea lo que hace, porque es un enredador, como yo no he visto otro en mi vida.

BEN. ¡Ya, ya! Y tan viejo, y siempre detrás de las muchachas!

ESCENA XIV

DICHOS y DON PLÁCIDO, que sale por el foro, acompañado de un CRIADO

CRIADO Allí está el amo.

PLÁC. Muchas gracias. (Al Criado, el cual se va.) ¡Aquí viene un nuevo convidado!

PEPE ¡Oh, señor Cura!... (Muy afectuoso.)

BEN. ¡Señor Cura! (Idem.)

PLÁC. No me esperaban ustedes tan pronto, ¿verdad?

PEPE Así es lo cierto.

BEN. ¡No le esperábamos hasta la tarde!

PEPE ¡Mejor que mejor!

PLÁC. Pues he venido antes de lo que pensaba,

porque quiero retirarme temprano; y como les había dado á ustedes palabra de venir, y usted es tan amable que me ha dejado á la puerta de la iglesia un coche á mi disposición, por eso; pero, amigos, tengo en casa un huésped del otro mundo. (Sonriendo.)

PEPE ¿Del otro mundo? (Idem.)

BEN. ¡Ave María Purísima! (Idem.)

PLÁC. ¡De la isla de Cuba! (Riendo.)

PEPE ¡De América tenía que ser!

PLÁC. Un muchacho, amigo y compañero de mi sobrino.

PEPE Pues su sobrino no nos ha dicho nada.

PLÁC. ¿Pero, ha venido ya?

PEPE ¡Por ahí anda con las muchachas!

BEN. ¡Hace un ratito!

PLÁC. ¡Bendito sea Dios, y qué cabeza tiene!... Pues la cosa merece contarse. Figúrense ustedes, un muchacho que tuvo que irse á la guerra hace un año; que se le dió por muerto, y así vino en los partes oficiales; y que ahora, surge de repente como Lázaro del sepulcro... ¡figúrense ustedes!...

PEPE ¡Ah, sí! Nos ha hablado de un telegrama de Cádiz recibido hoy, pero no nos ha dicho que ese soldado era amigo suyo.

BEN. Nada de eso ha dicho.

PLÁC. Pues, sí, señor: Rafaelito, soldado de caballería, de la misma edad de mi sobrino, estudiante de leyes en la Universidad de Zaragoza. Ese es el muerto resucitado.

BEN. (A Pepe.) ¿Oyes, José?

PEPE (A Benita.) ¡Cállate! ¿Y dice usted que se llama Rafael?

PLÁC. Rafael: un joven excelente. Dice que viene dispuesto á acabar su carrera y casarse.

PEPE (Disimulando.) ¡Vamos! ¿Dejó por aquí su cacho de novia, eh?

PLÁC. No me ha dicho quién es; pero asegura que si ella le ha llorado muerto, ahora le querrá más por estar vivo.

PEPE Se comprende. Los muertos no sirven para nada, mientras que los vivos sirven para todo. Y los borregos deben estar en el hato,

y los tontos en el limbo, y los viejos en su casa sin pretender que las jóvenes les quieran; porque se me ocurre una cosa, señor Cura. Si ese joven (Dice todo esto marcándolo mucho, y como echándose la culpa á sí mismo de todo lo que sucede.) que viene ahora lleno de esperanzas, se encontrara con que su novia se había casado con otro, no por amor, sino por agradecimiento ó por cualquier otra conveniencia, ¿qué sucedería?

PLÁC. Dios lo sabe. Lo probable es que el muchacho fuera desgraciado, y el matrimonio más desgraciado todavía.

PEPE Pues esto es lo que á mí se me ocurre. Y á tí también, ¿verdad, Benita? (Muy emocionado.)

BEN. Yo no digo nada. (Sin saber qué decir.)

PEPE Pues eso digo yo; que no digo nada más que lo que dice el señor Cura. Pero, en fin, son cosas del mundo, y... y vamos á ver, señor Cura: ¿qué va usted á tomar mientras llega la hora del almuerzo.

PLÁC. Nada, nada, señor don José. He tomado mi chocolate de costumbre.

PEPE Pues, vea usted el cuartito que le teníamos preparado por si usted quería descansar.

PLÁC. ¿Y por qué molestarse?

PEPE ¡Qué molestia! Por aquí. Muchacha, (A una criada.) enseña su cuarto al señor Cura. Soy con usted en seguida, señor Cura.

PLÁC. Muchas gracias. Haga usted lo que tenga que hacer. (Entra en el restaurant.)

BEN. José; se acabó la tranquilidad en tu casa.

PEPE Mira, Benita; no me digas nada. Yo sé lo que debo hacer.

BEN. Lo que tú debes hacer, José, es marcharte de Madrid inmediatamente con tu mujer.

PEPE Mira, Benita; no me digas si tengo que marcharme de Madrid, ni si tengo que quedarme en Madrid, ni nada de eso. Lo que yo te digo Benita, es que nací borrego; que sigo siendo borrego, y que no pienso ascender; ¿me comprendes, Benita?

BEN. ¡Pero hombre!

PEPE — Y te lo digo en este tono, porque aunque siento mucha pena en el corazón, no es cosa de que nos pongamos aquí á llorar como en las comedias, en medio de la *Venta del Grajo*. Y anda á acompañar al señor Cura, que está solo, y déjame á mí que yo arreglaré las cosas á mi manera.

BEN. — ¡Pero José!... (Afectada.)

PEPE — No me digas una palabra más. (Obligándola á entrar en el restaurant.)

BEN. — ¡Válganos la Virgen de Covadonga! ¡Yo se lo cuento todo al señor Cura! (Entra.)

PEPE — (¡Esto es imposibe, y es imposible, y es imposible!) (Vase muy emocionado, pero mezclando el sentimiento con la nota cómica.)

ESCENA XV

NIEVES con dos muchachas convidadas. Luego RAFAEL que sale de su escondite. En seguida BAUTISTA. Después DOÑA TOMASA. Luego DON NICOLÁS y CONVIDADOS

NIEV. — Aquí tenéis agua, jabón, peines y todo lo que necesitéis. Andrea, (A una criada.) sirva usted á las señoritas.

CONV. 1.ª — No hace falta.

CONV. 1.ª — ¿Para qué?

NIEV. — Sí, sí, Vaya usted. (A la criada. La criada entra con ellas en el restaurant.) ¡Rafael vive; pero yo me haré superior á mis fuerzas.

RAF. — (Saliendo.) ¡Nieves de mi alma!

NIEV. — ¡Jesús mío! (Sobreponiéndose.)

RAF. — (Yendo á ella.) ¡Nieves!

NIEV. — (Con gran entereza.) ¡Vete, Rafael! ¡Respétame! ¡Estoy casada!

RAF. — No lo estás ante Dios.

NIEV. — Pero lo estoy ante los hombres. ¡Vete te digo! (Con más firmeza. Sale Bautista en este momento y coge á Rafael de un brazo hasta que consigue llevársele.)

BAUT. — ¡Me vas á echar á perder mi plan!... ¡Vete, condenado!

RAF. — ¡Nieves! (Suplicante.)

BAUT. Me has ofrecido obedecerme en todo.

RAF. Pero...

BAUT. ¡Vete, y no me repliques! (Se lo lleva á empujones. En este momento sale doña Tomasa sin el delantal de la cocina.)

D.ª TOM. ¿Dónde anda mi hija?

NIEV. Por ahí con las muchachas. Deben de estar en el estanque. ¡Calla! ¡Pues aquí vienen todos! (Van saliendo los convidados hablando entre si y riendo y retozando.)

NIC. ¡Pero qué cobardes! ¡Dicen que no quieren embarcarse si mi hermano no va con ellas en el vaporcito!...

TODOS ¡Eso es, eso es! Que venga don Pepe.

D.ª TOM. ¿Y mi hija, no viene?

NIC. Quedose bebiendo agua en la fuentecilla.

D.ª TOM. ¿Sola?

NIC. No señora; con el señor de Bizcochea!

D.ª TOM. ¡Caracoles con Bizcochea! (Vase muy deprisa por el foro.)

ESCENA XVI

DICHOS, DON PEPE, BENITA y luego BAUTISTA y RAFAEL

PEPE Pero, ¿qué es esto?... ¿No se embarcan ustedes?... (En su tono de siempre.)

TODOS ¡Con usted, don Pepe!

PLÁC. (A Benita.) El caso es muy serio, y hay que meditarlo mucho.

BEN. (A don Plácido.) ¡Y tan serio señor Cura! Yo no sé lo que hará mi hermano!...

PLÁC. ¡Calma y prudencia!

PEPE Pues nos embarcaremos; porque yo soy un buen piloto, y sé aguantar las borrascas, y tengo corazón para ello. Y ahora voy á darles á ustedes dos noticiones. El primero es, que tengo que marcharme esta noche á Mieres, mi pueblo, á un negocio urgente. Me acaban de avisar, y viene bien, porque según me ha manifestado el señor Cura, habrá que hacer algunas variaciones en el expediente del matrimonio, y lo menos se tar-

darán ocho ó diez días, ¿verdad, señor Cura?

BEN. (A don Plácido.) ¿Oye usted, señor Cura?

PLÁC. (A Benita.) ¡Déjele usted hablar!

PEPE Hay algunos nombres cambiados y otras cosillas que hacer, pero yo confío en Dios que todo se hará á gusto de todos: ¿verdad, señor Cura?

PLÁC. (Apretándole la mano muy emocionado.) ¡Señor don José!...

PEPE No me diga usted nada, señor Cura. (Aparte á don Plácido.) Y el otro notición es este. El señor Cura y su sobrino nos han traído un muerto.

TODOS ¿Cómo un muerto? (Riendo y hablando entre sí.)

PEPE No se rían ustedes. (Procurando hablar en broma.) Un muerto que ha resucitado.

NIEV. (¿Qué es esto, Virgen mía?)

PEPE El soldado del telegrama que se ha recibido hoy.

TODOS ¡Ah, ya!

PEPE Y que se lo voy á presentar á ustedes. El señor Cura y yo le conocimos siendo un rapaz y Nieves también, y todos le hemos llorado. Vamos á ver. ¡Aquí todo el mundo! (Yendo al foro donde Bautista tira de Rafael para llevarlo al proscenio, mientras éste resiste. Al fin logra traerle.) ¿Pero qué es esto? ¿Tan valiente en la guerra y aquí tan cobarde? ¡Pues aquí es donde se han de ver los hombres!... (Murmullos de curiosidad entre los convidados. Nieves está aterrada. Rafael confuso y moviéndose como un autómata.)

BAUT. ¡El muerto resucitado!

UNOS ¡Qué joven!

OTROS ¡Qué simpático!

ELLAS ¡Qué guapo!

PEPE Abrace al señor Cura, y... abrace también á Nieves... ¡Qué demonio!... ¡Yo no soy celoso!... (Se enjuga una lágrima. Don Plácido se le acerca conmovido. Nieves y Rafael no saben qué hacer. Bautista los junta á la fuerza. Las muchachas rodean á Nieves. Don Nicolás se acerca á Benita.)

NIC. ¿Qué es esto, Benita?

BEN. ¿Qué ha de ser, Nicolás?

PLÁC. (A don Pepe.) ¡Tiene usted un corazón de oro!

PEPE (Riendo y llorando.) ¡También la gente de Asturias tiene su corazoncito!...

TODOS ¡Já, já, já, já!

PEPE ¡Conque ahora á embarcarnos y luego á comer!...

TODOS ¡Sí, sí!

ESCENA XVII

DICHOS, TOMASITA que viene huyendo de su madre y se mete entre las muchachas. DOÑA TOMASA sale detrás llevando á BIZCOCHEA cogido del cogote y dándole mogicones. Risas y algazara general

D.ª TOM. Para que se acuerde usted de la *Venta del Grajo*. (Dándole.)

TOM. ¡No se puede con él!

PEPE ¡Pero señor de Bizcochea!... (Riéndose y separándole de doña Tomasa.)

BIZ. ¡Si no hacía nada, don Pepe! ¡Pero no le dejan á uno *expansionarse!*

PEPE A ver si tiene usted más juicio dentro de ocho días, cuando nos reunamos aquí todos los presentes y con licencia del señor Cura, podamos decir: AL FIN SE CASA LA NIEVES......

BAUT. O VÁMONOS Á LA VENTA DEL GRAJO.

TELON

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Frasquito, zarzuela, en un acto y en prosa, música del maestro Caballero.
Los dos primos, idem, id. y en verso, idem, id., id.
El galán incógnito, ídem en tres actos y en verso, música del maestro Oudrid.
El paciente Job, idem, en un acto y en prosa, idem, id., id.
Cuatro sacristanes, revista bufo-política, en un acto y en verso, original, música del maestro Aceves.
El sobrino de mi tío, comedia, en un acto y en verso, arreglada del francés.
Un caballero andante, juguete en un acto y en prosa, arreglado del francés.
El perro del capitán, pasillo cómico, en un acto y en verso, original.
Providencias judiciales, sainete, en un acto y en verso, original.
Los baños del Manzanares, sainete, en un acto y en verso, original.
A la puerta de la iglesia, sainete, en un acto y en verso, original.
La muerte de los cuatro sacristanes, apropósito en un acto, original y en verso.
Una jaula de locos, revista, en un acto, original, en prosa y verso, música del maestro Caballero.
Música celestial, parodia del drama *Ó locura ó santidad*, original, en un acto y en verso.
Café de la libertad, sainete, original, en un acto y en verso.
¡A los toros! revista taurómaca, original, en dos actos y en verso, música de los maestros Valverde y Chueca.
La función de mi pueblo, cuadro cómico-lírico de costumbres lugareñas, original, en dos actos y en verso, música de Chueca.
Vega, peluquero, sainete, en un acto, original y en verso.
En busca de un diputado, revista, en dos actos, original y en verso, música de los maestros Caballero, Espino y Rubio.

¡Acompaño á usted en el sentimiento! cuadro cómico-fúnebre, en un acto y en verso.

La quinta de la Esperanza, ópera bufo-política, en un acto, música arreglada por el maestro Rubio.

«El Rosicler», sociedad de baile, cuadro de costumbres aristocrático-populares, en tres actos, original y en verso.

La canción de la Lola, sainete lírico, en un acto, original y en verso, música de los maestros Valverde y Chueca.

De Jetafe al Paraíso ó la familia del tío Maroma, sainete lírico, en dos actos, en prosa y verso, original, música del maestro Barbieri.

Sanguijuelas del Estado, sainete, en un acto y en prosa.

La abuela, sainete trágico-realista, en un acto y en verso, original.

Mariquita, comedia, en un acto y en prosa, arreglada del francés.

Novillos en Polvoranca ó las hijas de Paco Ternero, sainete lírico, en dos actos, original, música del maestro Barbieri.

Pepa la frescachona ó el colegial desenvuelto, sainete, en un acto y en prosa.

Juan Matías el barbero ó la corrida de beneficencia, sainete, en dos actos, música del maestro Chapí.

El año pasado por agua, revista, en un acto y cuatro cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chueca y Valverde.

A casarse tocan ó la misa á grande orquesta, sainete, original, en un acto, música del maestro Chapí.

Bonitas están las leyes ó la viuda del interfecto, proceso-sainete, en dos actos y en prosa, original.

El señor Luis el tumbón ó Despacho de huevos frescos, sainete lírico en un acto, en prosa y verso, original, música del maestro Barbieri.

El tercer aniversario ó la viuda de Napoleón, comedia-sainete en dos actos y en prosa.

La verbena de la Paloma ó el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos, sainete lírico en un acto y en prosa, original, música del maestro D. Tomás Bretón.

Al fin se casa la Nieves ó vámonos á la Venta del Grajo, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros, original, música del maestro D. Tomás Bretón.



PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.